

LA TEOFANIA DEL ENCINAR DE MAMBRÉ (Gn 18), MODELO
DE "SYNKATABASIS" DIVINA ¹

ENTRE los varios apelativos con que se alude a Abraham, en las Sagradas Escrituras, como "Padre de Israel" (Is 51²), "Padre de los creyentes" (Rm 4¹¹), "el hebreo" (Gn 14¹³), etcétera, hay uno muy significativo, que destaca entre todos ellos: "el amigo de Dios" (Is 41⁸; II Par 20⁷; Dn 3³⁵; Stg 2²³), sobrenombre que, por sí solo, define la figura del gran patriarca, "el primero entre muchos, cuyos corazones se abrirán a la gracia salvadora de Dios, guiándolos hacia aquel gran día en que un descendiente de Adán acabará, de una vez y para siempre, con el reinado de Satán sobre la tierra y abrirá a todas las razas humanas, sin distinción, las puertas de la salvación" ². Abraham es el gran visionario, entre cuyas virtudes hay que resaltar su enorme fe en Dios y su inquebrantable confianza en los destinos de su pueblo; depositario de los más altos valores espirituales y, por condescendencia divina, elegido por Yahvé como padre de una gran nación, en el que serían benditas, en el transcurso del tiempo, todas las familias de la tierra.

Este sobrenombre "amigo" de Dios perdura, hoy día, en la

¹ Συγκατάβασις «condescendencia». El texto bíblico castellano utilizado en este trabajo, así como la transcripción de nombres propios, es el de la Biblia de Nácar-Colunga.

² Cfr. BRUCE VAWTER, C. M. «A Path through Genesis», New York, 1967. Hay traducción castellana, con el título: «Paso a paso por el Génesis». Estella, 1971.

toponimia palestinese. Así, "Haram Ramet el-Halil"³ ("Santuario de la Altura del Amigo" de Dios) es el nombre actual del Mambré bíblico, muy cerca de Hebrón, donde se encuentra la pequeña mezquita de José, hijo de Jacob, y los mausoleos de los tres grandes patriarcas Abraham, Isaac y Jacob y de sus respectivas esposas, Sara, Rebeca y Lía. Y, muy importante, la circunstancia de ser Mambré, en los remotos tiempos abrahámicos, un pequeño santuario cananeo, lugar en el que los beduinos montaban sus tiendas, a la sombra de los terebintos. Aquí es donde Abraham, tras el acuerdo de separación con Lot, su sobrino, monta sus tiendas y apacienta sus ganados y rebaños. Lot escogió la hoya del Jordán y Mar Muerto que, antes de la destrucción de Sodoma y Gomorra, era fértil y exuberante, "como un jardín de Yahvé", según la descripción del hagiógrafo (Gn 13^{12b}). Abraham, en cambio, "permanece como el hombre de las altas mesetas, el gran nómada"⁴.

Abraham responde, por consiguiente, a la idiosincrasia del beduino, nómada, rudo y valeroso⁵, pero con una intensa vida interior y un profundo sentido de la solidaridad del clan y de la hospitalidad. Virtudes éstas que, unidas a la pureza de vida religiosa y a la fidelidad de su alianza con Dios, harán que, más adelante, los profetas vuelvan sus ojos con nostalgia hacia el pasado, hacia aquella lejana edad de oro en que Israel vivía en el desierto⁶, cumpliendo fielmente el pacto establecido con Yahvé. Reacción lógica contra el pecado, la prevaricación y el vicio, inherentes a las comodidades y al lujo refinado y decadente de la vida ciudadana.

Esta añoranza por la vida del desierto, como un retorno a la pureza de las costumbres, recuerdo idealizado por los profe-

³ Hasta cinco variantes diferentes hemos encontrado en la transcripción del nombre «Halil». Algunos autores (entre ellos, G. RICCIOTTI) transcriben «Khalil», tal vez por influencia de autores extranjeros (Cfr. P. E. MADER y A. DUPONT-SOMMER, entre otros).

⁴ Según J. CHAINE, «Le livre de la Genèse», París, 1948.

⁵ CHAINE (op. cit.) añade a estos calificativos el de «beduino ladino», a propósito del pasaje bíblico en el que Abraham hace pasar a Sara como su hermana (hermanastra, por parte de madre). Cfr. Gn 12¹¹⁻²⁰; 20²⁻¹⁸. Estos matrimonios serán prohibidos después severamente por la Ley mosaica (Lv 18⁹⁻¹¹; 20¹⁷; Dt 27²²).

⁶ Cfr. Am 2¹⁰; Os 13⁵; Jr 2²; Am 3¹⁵, 6⁸; Os 2¹⁶⁻¹⁷, 12¹⁰.

tas, cristalizó en el "ideal del desierto" o "mística del desierto"; cuyos partidarios⁷, en su concepción más extremada, acabaron llevándola a la práctica. Así, los "rekabitas"⁸, en el Antiguo Testamento y, más tarde, en el Nuevo Testamento, los "esenios"⁹, cuyos sectarios habitaron en el desierto de Judá, en la costa occidental del Mar Muerto.

No es mera casualidad, por consiguiente, que fuera el encinar de Mambré lugar poético y campestre, de antigua tradición cultural y religiosa, el escenario admirable de la teofanía bíblica. Aquí se desarrolla uno de los acontecimientos más bellos, importantes y trascendentales de la historia de Abraham. Una escena íntima, tiernamente familiar, de hondo sentido teológico, narrada con la sencillez y naturalidad con que se cuentan en la Biblia los prodigios más sorprendentes.

Esta perícopa bíblica de la teofanía coincide con el principio del capítulo 18 del Génesis, según la distribución (no siempre afortunada) de los Libros Sagrados en capítulos y versículos¹⁰.

⁷ Este partidismo por la vida del desierto no es unánime, desde luego, en las Sagradas Escrituras (Cfr. Lv 16²¹⁻²²; Is 13²¹⁻²², 34¹¹⁻¹⁵). El desierto es la soledad (Dt 32¹⁰), una tierra insegura (Sal 55⁸; Lm 5⁹), obscura (Jr. 26³¹), seca y tenebrosa (Ez 19¹³; Os 2³; Is 41¹⁹; 51³; Jr 4²⁶). Tierra de espanto, poblada de toda clase de animales temibles (Is 13², 30⁶; Jr 26²⁴; Jb 24⁵, 39⁶). Recuérdese el ritual de la expulsión del macho cabrío («macho cabrío emisario», según la Vulgata) al desierto, como sacrificio expiatorio (Lv 16⁸⁻¹¹⁻²¹). En el episodio de Caín (Gn 4⁶⁻⁷), el desierto, con todos los peligros que entraña la vida nómada, forma parte del castigo impuesto al fratricida (Gn 4¹³⁻¹⁴). Nótese, por otra parte, la frase, expresiva y llena de colorido, de Gn 4⁷, «estará el pecado a la puerta, como fiera acurrucada», como símbolo de los peligros «exteriores» que acechan al alma. Véase, al efecto, la difícil perícopa de Gn 4⁷, verdadera «cruz interpretum» de exegetas y traductores. (Cfr. D. GONZALO MAESO, *Una nueva solución exegetica de Gn 4^b*, *Ciencia Tomista*, n.º 85, 1958, págs. 53-58).

⁸ «Especie de franciscanismo israelita carente de teoría, pero seguido fervorosamente», según G. Ricciotti. (Cfr. su «Historia de Israel», 2 vol. 3.ª ed. Barcelona, 1966).

⁹ Entre la copiosísima bibliografía sobre los descubrimientos del Mar Muerto, íntimamente relacionada con la secta de los esenios, Cfr. E. WILSON, «The Scrolls from the Dead Sea», México, 1966.

¹⁰ Nos referimos, por supuesto, a la «división actual», debida a Esteban Langton, arzobispo de Canterbury, sobre el texto latino de la Vulgata; y a la división en versículos, señalados con números, hecha por Santes Pagnino de Luca, numeración fijada y conservada por Roberto Stéfano.

Aquí, por primera vez, se manifiesta Yahvé¹¹ a Abraham, bajo apariencia humana. Esta teofanía no es de índole interna, no intervienen en ella los consabidos sueños¹² que, aunque atribuidos a Yahvé, en determinadas ocasiones¹³, son condenados y execrados¹⁴; no es nocturna (como en Gn 28^{11ss}), sino a plena luz del día¹⁵; no es aparatosa, acompañada de rayos y truenos, como en el Sinaí (Ex 19⁶⁻²⁵). El Dios que se aparece a Abraham no lo hace como con Elías, a modo de “un ligero y blando susurro” (1 R 19¹²)¹⁶; finalmente, no es el Yahvé apocalíptico, terrible, aterrador y “demoníaco”¹⁷, sino un Yahvé sereno, pacífico y viajero que acepta, complacido, la generosa hospitalidad que le brinda un jeque del desierto. Visitante ilustre, por supuesto, de tal categoría que Abraham, solícito, no duda en agasajar espléndidamente a su huésped, que, gradual y paulatinamente, va descubriendo su esencia y misión divinas.

Esta condescendencia de Yahvé para con Abraham no es sino una muestra palpable de la alta misión encomendada al patriarca. Toda la historia de Israel está reflejada en la espléndida simbiosis “Dios-pueblo elegido”. Y, así, siempre que surge una fisura, más o menos profunda, en la estrecha relación de Dios con su pueblo, siempre hay una figura excepcional representativa (Noé, Abraham, Moisés) que aplaca la justa cólera de Yahvé. En el caso concreto de Abraham, asistimos maravillados

¹¹ «Yahvé», según el texto hebreo masorético de Gn 18^{1a}. La versión griega de los LXX traduce « ὁ θεός », y la Vulgata, «Dominus», según la costumbre sancionada por la tradición judía y cristiana de substituir el nombre de «Yahvé» por el de «'Adonāy».

¹² Cfr. Gn 26²⁴; 28¹²⁻¹⁵; 1 R 3⁵, 9², 19⁵⁻⁷; Am 7⁷, 9¹; Is 6¹⁻¹³; Ez 1³; Dn 7², 13^{ss.}, 8¹⁵⁻¹⁸.

¹³ Gn 20³, 28¹²⁻¹⁵; 1 R 8⁵.

¹⁴ Dt 13³; Eclo 34^{8ss.}; Jr 23¹⁵⁻¹⁸, 29⁸.

¹⁵ «A la hora del calor» (Nácar-Colunga). «En lo más caluroso del día (Biblia de Jerusalem). La Vulgata traduce: «In ipso fervore diei».

¹⁶ Cfr. con Gn 3⁸. En cuanto a la teofanía de Elías, todos los signos que, en otras circunstancias, denotaban la presencia divina, como temblor de tierra, huracán violento, fuego, en este pasaje determinado, no son sino precursores del paso de Yahvé, que se resuelve en una suave brisa. Compárese la suavidad de trato de Yahvé con Abraham, con la terrible suerte reservada a los sodomitas, como justo castigo a su perversidad.

¹⁷ Según la expresión audaz de P. VOLZ (Cfr. su «Das Dämonische in Jahwe», Tübingen, 1924).

al dramático espectáculo del hundimiento en la idolatría de los descendientes de Cam y Jafet, mientras que la rama abrahámica recibe del propio Dios el regalo inapreciable, el honor y el privilegio de la conservación, en toda su pureza, de la Revelación divina, con el monoteísmo y la esperanza en un Mesías.

La teofanía del encinar de Mambré cobra, por tanto, y a la luz de estas consideraciones, una hondura teológica trascendental. En ella, y en el transcurso de la comida, le es ratificada a Abraham, por dos veces, la noticia del nacimiento de un hijo. El patriarca dialoga respetuosamente con el más calificado de los tres visitantes¹⁸. Queda, entonces, patente el alcance y la trascendencia de la teofanía. En ella se hace resaltar, a modo de inciso, la omnipotencia divina. La conocida reacción de Sara, típicamente femenina, en su realismo escéptico, asistiendo, en segundo término (según cánones inveterados orientales), al convite, y su regocijo entre incrédulo, temeroso y divertido, profundamente humano, no resta un ápice a la solemnidad y empaque de los tres huéspedes. Y en el aire templado y aromado del encinar queda flotando una pregunta: "¿Acaso hay algo imposible para Yahvé?"¹⁹. No es más que una pregunta, a modo de exclamación que, según los deliciosos antropomorfismos del hagiógrafo y, puesta en boca del mismo Dios, tiene cierto regusto de jactancia. Y, sin embargo, esta frase, tan sencilla, aparentemente, encierra todo un mundo de especulaciones de alta teología bíblica.

Teología que el redactor sagrado no tuvo la menor intención de enseñarnos y que, naturalmente, ni él mismo conocía. Le bastaba su fe; una fe simple, profunda y certera. La inspiración divina hizo todo lo demás.

Francisco Simancas Salinero.

¹⁸ El texto bíblico samaritano emplea el plural: «Mis señores». (Cfr. Gn 18³).

¹⁹ Gn 18¹⁴. (Cfr. Lc 1¹⁷).